

Crónicas del Lejano Oriente

—• Por el padre Alberto Reyes •—



Matthew.

Ya se sabe que el Caribe es atractivo hasta para los huracanes. De Matthew tuvimos noticias desde que era todavía un bebé, pero fue creciendo y haciéndose un adulto muy amenazador. El ambiente de preocupación aumentó en la medida en que se hizo evidente que atravesaría la porción más oriental de Cuba.

Maisí es una zona eminentemente rural, con casas en su mayoría de madera y techo de teja de zinc o de fibrocemento. No abundan las construcciones de mampostería e incluso muchas casas de ladrillos o de bloques no tienen el techo de concreto, sino de zinc o fibrocemento. Matthew avanzaba con mucha lluvia, con vientos muy fuertes y con gran lentitud de traslación, lo cual lo hacía perfecto para provocar en ese sitio una gran destrucción.

El seminarista que está conmigo para hacer aquí un año de pastoral y yo decidimos quedarnos en la sede de la parroquia, en Sabana. La iglesia es de teja de zinc, a la cual le sigue una construcción de mampostería que comprende la sacristía, dos habitaciones y una sala pequeña. Luego viene la cocina y un espacio de despensa y almacén, también de teja de zinc. En el patio había dos baños pequeños para el uso de la comunidad, una tarima para cuando se dan celebraciones al aire libre, una cocina donde funciona un comedor de Cáritas y un ranchón al aire libre, todo ello de teja de zinc.

El lunes 3 de octubre realizamos las medidas de seguridad posibles; sacamos del templo todo lo valioso, empezando por el Santísimo; entramos al templo los bancos y las mesas del ranchón, porque no había otro sitio dónde meterlos; amarramos con una soga el tanque de agua; guardamos en las habitaciones todo lo que podía mojarse y echarse a perder; aseguramos puertas y ventanas... En fin, lo indicado cuando se espera un huracán.

Aquel día cortaron el servicio de teléfono fijo porque ETECSA, la compañía telefónica, desmontó sus equipos para asegurarlos. El móvil en esta zona no funciona porque no hay cobertura.

La gente hizo lo que pudo por asegurar sus casas, aunque muchos no se arriesgaron a quedarse en ellas



Punta de Maisí.

y fueron a refugiarse del huracán en casas de mampostería de familiares y vecinos o en cuevas, porque esta es una zona de muchas rocas y abundan las cavernas. No es la primera vez que la gente se refugia allí cuando hay mal tiempo. En dos de los pueblos que atiendo los templos son de mampostería, y allí también se refugiaron personas.

Primero llegó la lluvia. Comenzó a llover el martes 5 desde horas tempranas, y así se mantuvo durante todo el día. No era un aguacero fuerte, pero sí persistente. Luego, hacia el anochecer, empezaron a arreciar los vientos, que se hicieron más y más violentos a medida que entraba la noche. Desde por la tarde ya habían cortado la energía eléctrica.

Los vientos fueron aumentando mientras el seminarista y yo veíamos, impotentes, desde las ventanas, el desastre, cómo fueron cayendo, uno tras otro, todos los árboles de nuestro patio y de los colindantes, algunos de los cuales se desplomaron sobre la despensa y el comedor de Cáritas. El ranchón cayó al piso y luego fue plegándose, bajo la fuerza del viento, hasta terminar al otro lado de la cerca, en terreno de vecinos, convertido en un amasijo informe de madera y zinc. La



puerta del garaje empezó a estremecerse hasta que se partió el sujetador del candado y empezó a golpear con fuerza la defensa del auto, que terminó con el frente del capó abollado, pero no podíamos salir a amarrar la puerta ni sujetarla desde dentro del templo cuando el aire la movía. Poco a poco volaron los techos de los baños, del portal de la casa y de la tarima. La cocina de Cáritas resistió, en parte porque la aguantó un inmenso árbol de aguacate que le cayó encima.

Más tarde el viento empezó a llevarse las tejas de la despensa y comenzó a desprenderse el techo entero de la cocina. Entonces tuvimos que apurarnos en sacar todo lo posible de la cocina. Al final el viento no logró arrancar todo el techo, pero se llevó tres tejas inmensas. Continuamente revisábamos las habitaciones y la sacristía para ver si había filtraciones, mientras el agua corría por todo el piso.

Revisábamos también el templo y pudimos darnos cuenta cuando el viento abrió una ventana, que apuntalamos con los bancos de la iglesia; luego abrió otra y al final la puerta principal. El viento también zafó dos planchas del zinc, a la altura del presbiterio, y cuarteó toda la mampostería de ese lado. Otra teja estuvo también a punto de zafarse, lo cual hubiera sido desastroso porque una arrastra a las otras, pero al final aguantó.

La noche fue larga. Al momento de calma que coincide con el paso del “ojo del ciclón”, siguió otra vez la violencia de los vientos y de la lluvia envueltos en agua, hasta muy entrada la madrugada.

Al día siguiente nos pareció que habíamos amanecido en un sitio diferente. Todo estaba devastado, árboles, casas, todo. Los árboles que quedaron en pie habían perdido todas sus hojas y dejaban ver el terreno hasta donde se perdía la vista. La lluvia continuaba, y continuó durante casi todo el día. El seminarista y yo nos fuimos a visitar a las personas de la parroquia. Era desolador. Muchas casas habían perdido el techo, con lo cual todo se había mojado: ropa, camas, colchones, equipos...; otras casas estaban, sencillamente, destruidas, aplastadas, como si la furia de los vientos no hubiera considerado suficiente echar abajo las paredes y las hubiera “pisoteado”. Ventanas y puertas arrancadas de cuajo, postes del tendido eléctrico tirados aquí y allá, árboles gigantes, mostrando las raíces que no tuvieron fuerzas para sostenerlos. Y en medio de todo, la gente, agradecida por la ausencia de pérdidas humanas, y angustiadas por el futuro incierto ante todo lo perdido. Bajo la lluvia, aquí y allá, la gente recuperaba trozos de tejas y trataba de remendar los techos, intentando garantizar un sitio mínimamente seco para cocinar y acostarse, sabiendo que habría que dormir en el suelo o en lo que apareciera, porque los colchones estaban completamente mojados.

Y en medio de todo, la incomunicación, la imposibilidad de avisar a los familiares sobre su situación o de tener noticias de ellos, algunos residentes en zonas también afectadas, porque no había comunicación telefónica y durante dos días las carreteras estuvieron

interrumpidas y nadie podía transitarlas. El seminarista y yo pudimos avisarles a nuestras familias que estábamos bien porque mi chofer fue en bicicleta al otro lado de la parroquia a saber de sus padres y por allá se encontró al obispo Wilfredo Pino tratando de atravesar un puente roto. El obispo de Guantánamo quería llegar hasta aquí a toda costa para saber de nosotros, pero el camino estaba cortado. Mi chofer se lo encontró lleno de fango, intentando buscar un paso para el auto. Afortunadamente pudo saber de nosotros y en cuanto se restableció el tránsito ha venido a vernos.

El seminarista ha sido para mí una bendición, entre otras cosas porque sin él hubiera yo pasado todo esto solo. Luego de arreglar un poco la casa y tapan el hueco de la cocina con unas tejas, empezamos a visitar a todos los que podíamos. Y salimos a los pueblos donde hay paso para los vehículos, aunque no sabemos si se interrumpirá otra vez porque en varios sitios las carreteras están partiéndose o cayendo al vacío y desmoronando al vacío.

En todas partes el paisaje resulta devastador. Los caminos están cubiertos de árboles y de cables de los tendidos eléctricos tirados; aquí y allá casas sin techo, sin paredes, o en los cimientos. De momento sé que uno de los templos de los pueblos perdió el techo y otro fue arrasado. Me han dicho que otros dos templos también están destrozados, pero no he podido verlos porque todavía el paso está cortado y son sitios intrincados.

Muchos de mis fieles lo han perdido prácticamente todo, y están en esa primera fase de ver qué tabla, qué trozo de teja o qué pedazo de lata les sirve para improvisar una habitación. Ropa, colchones y equipos eléctricos están expuestos al sol para quitarles la humedad pestilente que dejaron las aguas.

No hay electricidad y parece que no la habrá durante un buen tiempo. Las neveras se han descongelado y habrá que recurrir a los alimentos que no necesitan refrigeración.

Ya han empezado a aparecer funcionarios del gobierno que le preguntan a la población la cuantía de sus pérdidas, pero solo eso. Ninguno le ha traído comida a la gente. Hasta hoy la panadería no había logrado encender el horno y no hay pan.

Cáritas ya se ha movilizado y en estos días debe llegar a mi parroquia un camión con módulos de emergencia. Las distintas diócesis están haciendo gestiones también para ver cómo apoyan. El arzobispo de La Habana ha enviado ayuda y dinero para comprar lo indispensable, sobre todo alimentos.

Las gestiones para reparar los techos ya han comenzado, pero la solución no estará de un día para otro. Nuestra prioridad ahora es que la gente tenga que comer. Los templos ya se arreglarán en su momento; ahora es necesario garantizar el sustento porque hay gente que lo ha perdido todo. Si bien la solidaridad de familiares y amigos ha sido muy palpable, las reservas se acaban.

Yo me siento abrumado, pero confío en que ese estado se me pase pronto. Me imagino que es el bloqueo provocado por no saber por dónde empezar. Todo está tan destruido, hay tanta gente afectada y hay tanto que hacer que si me pongo a pensar me paralizó.

Yo intentaré mantener la comunicación, pero no puedo prever lo que pasará. Escribo esta crónica confiando en que mañana iré a Baracoa y desde allí podré mandarla. No la he escrito para pedir ayuda material, sino para contar lo que estamos viviendo. Si alguien preguntara: ¿puedo hacer algo?, debe dirigirse al obispo de Guantánamo. Se llama Wilfredo Pino y su correo es *willyp@obigtmo.co.cu*. Él es el que está coordinando las ayudas.

Lo que sí pido es oración. Es un momento de incertidumbre y angustia, y hay gente que parece que el ciclón también les ha llevado el alma. Muchos se hacen la misma pregunta que yo me hago: “¿por dónde empezar?”. Algunos han encarado el momento con ánimo y están luchando. A otros hay que apuntalarles el espíritu.

Recen por toda esta gente. Recen para que no nos falten los ánimos. Y recen por mí, para que yo sepa estar a la altura del pastor que ellos ahora necesitan.

Maisí, 7 de octubre del 2016

Esta es una versión modificada del texto de igual título dado a conocer en *www.cubanosguru* (N. del E.)

